

casos, a entregar el edificio, sin otros bienes para asegurar su mantenimiento (Fernández-Pacheco y Moya, 2011: 98 y 99).

En la provincia de Albacete, las donaciones procedieron de miembros destacados de la nobleza, que habían ejercido de comendadores en la zona, como Rodrigo Manrique en Yeste, y Enrique Enríquez en Socovos y Letur. Al morir dejaron en sus testamentos fondos y bienes para construir los hospitales.

Las limosnas de los vecinos podían ser en dinero, recogido en el bacín, o en especie, entregando productos de sus cosechas, como trigo, cebada o vino. Cuando las limosnas no alcanzaban para asegurar el mantenimiento y gestión del hospital, los visitadores encargaban a los concejos que tomaran medidas para asegurar su continuidad. Los ingresos se utilizaban, sobre todo, en las reparaciones de los edificios y en la compra de ropa, y cuando había algún sobrante, como sucedió Liétor, se prestaba en censos, asegurando de esta forma unos ingresos anuales con sus intereses.

Los primeros hospitales se instalaron en casas, que se adaptaban a sus funciones. En Yeste había un portal, desde el que se accedía a dos partes de casa, en una se encontraban las habitaciones para acogida de los pobres y en la otra el establo con su propia cámara, mientras que en la parte trasera se hallaba la cocina con otra dependencia.

Sin embargo, cuando se empezaron a construir edificios nuevos, en la mayoría se adoptó una tipología común, aunque con ligeras diferencias en su distribución. Una casa doblada de dos pisos, con buenas habitaciones adaptadas a la actividad desarrollada. En los edificios hallamos varios elementos imprescindibles: una sala con chimenea que hacía de cocina y sala de estar, dos o tres cámaras como dormitorios, utilizando una el hospitalero y las otras los acogidos, y un establo donde se pudieran refugiar los animales que tuvieran los que allí se alojaban. En Yeste aparece un nuevo elemento, la capilla, en la que se situaba una imagen, que servía tanto para atender las necesidades espirituales de las personas atendidas como para aumentar la devoción de los vecinos. Las dos poblaciones más pequeñas y pobres, Férez y Ossa de Montiel, tenían unos edificios muy humildes y modestos, incluso con el tejado cubierto de cañas, como sucedía en Férez.

La gestión de los hospitales estaba a cargo de un mayordomo, que en ocasiones ejercía al mismo tiempo de hospitalero, aunque en algunos pueblos, como sucedió en Yeste, Letur y Socovos, había una mujer encargada de su limpieza, de lavar la ropa y de atender a los pobres.

Yeste, localidad más poblada y rica, se acabó dotando de dos hospitales, mientras que el resto sólo tenía uno. Su capacidad era pequeña,